

¡Oh! ¡No puedo significarte cuanto es el gozo de que se inunda mi espíritu, al ver retratadas en tu semblante la confusion y la ternura! Estos son presagios felices de un arrepentimiento sincero. Aquí está obrando visiblemente la mano misericordiosa del Salvador. Ayudado de su gracia voy á dar la última perfeccion á esta obra, de que su Magestad es el autor, y yo el instrumento.

Hagámos unas breves reflexiones sobre la muerte del cristiano, y sobre el fin del incrédulo. El cristiano, si es virtuoso, mira los últimos momentos de su vida como el término de la peregrinacion y del destierro, en que vivia continuamente gimiendo: no siente dejar un mundo que lisonjea y encanta con sus placeres y sus diversiones; porque ya desde antes lo habia abandonado con la voluntad, viviendo en él como si estuviera muerto. Los dolores de su enfermedad los suaviza y alivia la providencia divina con el bálsamo de la religion, que le comunica fortaleza, paciencia y constancia. Conoce que la carrera de su padecer es breve, y espera fundadamente que se ha de concluir en las puertas de una pátria bienaventurada, en donde goza-

rá perfectamente de aquel Dios, de aquel sumo bien, que fué el objeto de todo su amor y de todas sus delicias, por quien suspiraba noche y dia; y en fin, se despide de la tierra como de una region de desgracias y de llanto, en que á cada paso veía un peligro de perder á Dios, y de perderse á sí mismo eternamente.

Si el cristiano es pecador, cuando se ve próximo á recibir el golpe inevitable de la muerte, y á dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, es cierto que sus culpas lo aterran y lo confunden, y la memoria de su ingratitud á los beneficios innumerables de que lo colmó la mano de un Dios bondadoso, le hacen temer hallar en la persona de su Salvador á su Juez justo, irritado y omnipotente. Conoce que es indigno de la clemencia divina, y solo es merecedor de un suplicio eterno; pero en este abatimiento y desconsuelo, viene en su auxilio la fe que aun conserva, le persuade que la misericordia de Dios escede infinitamente á toda iniquidad. La esperanza lo alienta á que confie en el Redentor, cuya sangre tiene virtud y eficacia para purificar de la mancha horrorosa del pecado

á todo el mundo; y, finalmente, la iglesia como madre caritativa, le administra los sacramentos para la justificacion de su alma, y le presta todos sus auxilios por medio de sus ministros, que bendiciéndole los últimos suspiros, le acompañan hasta el sepulcro.

Pero ¿qué dirémos del impío miserable que lleva su incredulidad hasta las puertas de su postrera habitacion? Desde el lecho en que él e-hala sus últimos alientos, comienzan las penas de aquel abismo horrible en que se va á sumergir para siempre. No faltan al rededor del incrédulo moribundo llamas voraces y furias vengadoras. ¡Ah! ¡Qué espanto y qué horror se apoderan del corazón de este infeliz, al verse entregado en manos de los mas crueles verdugos, el dolor y la culpa! Él se halla en medio de un desierto silencioso en que le acompañan la tristeza y la amargura: la luz opaca de su razon se va oscureciendo á proporcion que se aumentan la lobre-guez y las tinieblas de la muerte: un terror fiero lo afige y lo consterna, al sentir que se va hundiendo entre sus pies el mundo á que estuvo tan asido y tan ape-

gado, porque en él pretendia hallar su única y verdadera bienaventuranza: viene por último el desengaño á desvanecer todo el hechizo que le tenia tan encantado. Atormentado de tantos males y aflixiones, ¿encontrará algun consuelo en el tiempo pasado? De ninguna manera; porque los dias de diversion, de placer y de contento, ya desaparecieron como una sombra. ¿Hallará acaso el alivio en la situacion presente? ¡Ah! que esta es sobradamente miserable. Él se ve postrado en el lecho del dolor, lánguido, desfallecido, y gimiendo bajo el azote del remordimiento mas cruel: él está como un náufrago tendido en la orilla estrecha, que separa el tiempo de la eternidad, y al mas ligero empuje de la mano de la muerte va á sumergirse en la profundidad de aquel océano insondable. Pero ¿en la memoria de lo futuro se le presentará alguna imágen de consuelo? Mucho menos; porque el pensamiento de la suerte que le espera consuma la obra de su desesperacion. Si él aun insiste en persuadirse que su alma perece juntamente con su cuerpo, cree que va á sepultarse en el abismo de la nada; pero si la razon natural y su

misma conciencia le reclaman, manifestándole la inmortalidad de su alma, teme fundadamente entrar en la eternidad, en donde un juez omnipotente está preparado para tomar de él la venganza mas formidable: de modo, que este desventurado en situación tan lamentable, no reconoce otros términos que la nada, ó el infierno.

¡Oh filosofía de la incredulidad, inhumana y bárbara, que niegas á tus secuaces todo consuelo en el caso de mayor angustia y necesidad, y solo derramas sobre su corazón consternado el caliz de la tribulación y de la amargura! Pero ¡oh religion benéfica y amable, que á los que te profesan les franqueas los tesoros de la consolacion en la vida y en la muerte, y los animas con la esperanza de unos bienes infinitos y eternos! porque sola tú.....

Fel. Ya no te fatigues, Victor amadísimo: el entendimiento mas encaprichado es fuerza que se rinda al peso de tantas razones. El orgullo propio de un incrédulo, me inspiraba aquella necia fortaleza de ánimo que tanto se empeñan en ostentar los partidarios de la falsa filosofía, é imponia un sello á mis lábios, para que no hicie-

se yo una confesion ingenua de la verdad de la religion cristiana, á vista de los fundamentos solidísimos que me has alegado. La luz de la verdad, por mucho tiempo que se tenga aprisionada, es á manera de un fuego enserrado en la concabidad de una roca, que al fin viene á reventar para que sus llamas resplandezcan victoriosamente. Tú me has dicho que ya no eres el antiguo Victor; y yo te aseguro sinceramente que yo no soy ya el antiguo Felix. ¡Oh momento feliz el presente en que comienzo á detestar los delirios y los errores de la incredulidad, y á desear ansiosamente entrar de nuevo en el seno del cristianismo, del que habia apostatado tan criminalmente!

Vic. ¿Es sueño, ó es realidad lo que estoy oyendo? Qué, ¿seré yo tan dichoso, que vea volverse alistar bajo las banderas del Rey inmortal de los siglos, del Dios crucificado, al mas amado de mis amigos, al desgraciado Felix, á quien yo estrabí del camino de la verdadera felicidad, haciéndole desertar de la milicia de la religion?

Fel. Sí, Victor: mientras mas te has ido empeñando con caridad y con eficacia en convencerme y en instruirme, ha ido cre-

ciendo en mi corazón el desafecto y aun el odio á la incredulidad. Mi conciencia incessantemente me acusa y me reclama. En nada de cuanto antes me lisonjeaba halló alegría ni reposo. Son poderosos los impulsos que me inclinan á que vuelva á entrar en el gremio de la iglesia; y cuando quiero ceder á estas inclinaciones, la vista de mis maldades me desalienta, y me retrae, diciéndome yo á mi mismo: Felix, ¿como podrás hallar clemencia en un Dios cuyo santo nombre has blasfemado tantas veces? Pero luego se me presenta á la memoria la conversion de Pablo, que de perseguidor acerrimo de la iglesia lo constituyó Jesucristo en apóstol de las gentes; y que de Agustino herege maniqueo hizo el mas célebre defensor de esta misma iglesia. En esta ocurrencia consoladora me sentia yo animar de una confianza segura en la misericordia de Dios; esta confianza calmaba mis inquietudes, y me anunciaba la felicidad por que tanto suspiraba mi corazón, y que no habia podido hallar en el goce de los placeres sensuales. Por tanto, Victor, mi amigo, mi bienhechor y mi padre, inúndese tu corazón en gozo y alegría, pues has

logrado el fruto de tus trabajos en reducir al camino de la verdad á un infeliz extraviado, que corría velozmente por las sendas de la falsedad y del error, que conducen á una desventura eterna.

Figúrate Victor, á un hombre, que extraviado del camino que llevaba, es sorprendido por las tinieblas de la noche en un monte espeso, y que ya fatigado se arroja á descansar tranquilamente en el regazo de un sueño lisojero; pero que asomando el sol su semblante risueño por los balcones del oriente, le da con sus resplandores en los ojos, y que él abriéndolos, ve que multitud de fieras y de animales ponzoñosos que lo rodeaban, se retiran precipitadamente á sus cavernas: ¿quién podrá significar el gozo y la satisfacción de este hombre, al verse libre del inminente peligro en que se hallaba sin conocerlo?

Pues á este modo, habiendo iluminado la luz del Redentor las tinieblas de la incredulidad con que me cubrí en los extravíos de mi vida licenciosa, conozco con alegría, que me he librado de tantas fieras y animales ponzoñosos, cuantos eran los errores con que reposaba en el letargo mas

profundo. Ahora que me he desnudado del afecto ciego á los maestros de la impiedad, me convenzo de la verdad de tus aserciones acerca de sus inconsecuencias y de sus contradicciones, y quiero añadir á las que me has referido algunas muy sustanciales.

Voltaire, hablando de Rousseau, dice: „Que es un cierto personage que ha hecho muchas de las suyas: que es un tunante, un salvaje, un charlatan, un loco de aldea, un hipócrita, un enemigo del género humano, un sombrío energúmeno cubierto de orgullo y devorado de rabia: un impío, un ateista, un hombre sin fe y sin religion, que merecia estar colgado en la horca por haber compuesto libros abominables: que tres veces ha mudado de secta: que se ha hecho arrojar de todas partes en donde se ha presentado: que es un razonador absurdo, que habiendo impreso bajo su nombre algunas majaderías contra Jesucristo, ha impreso tambien en él mismo libelo, que *Jesucristo murió como un Dios*: que es un calumniador, y puesto como tal á las esquinas, por una declaracion pública del plenipotenciario de Francia, de Zurich, y de Bernad, en 25 de Julio de 1766.”

¿Qué dirán los incrédulos de esta calificacion tan honorífica de un hombre á quien veneran como á un oráculo? Pues ella está hecha por su grande patriarca. ¿Será extraño que Voltaire sea tan rabioso con los cristianos, cuando es tan atroz con su mismo compañero y hermano en la impiedad y en la irreligion? Este hombre en el asunto sério y grave de la religion usa de bufonadas, de chocarrerías y de sátiras.—Decía Rousseau: „El ridículo á nuestros ojos no es mas que la razon de los necios,” y aun D' Alambert, amigo y discípulo de Voltaire, dijo: „La sátira hiere el buen gusto, descubre un espíritu falso, un corazon corrompido, y una alma maléfica.”

El incrédulo Baile hablando del sistema impío de Espinosa, dice: „Un buen espíritu querría mas cabar la tierra con las uñas, que admitir una hipótesis tan absurda.”

Se observa que los incrédulos dicen con arrogancia, como yo por desgracia decia: que solos los espíritus débiles apocados é ignorantes, creen que la religion es obra de Dios; y al mismo tiempo oimos decir á D' Alambert estas palabras: „Se podría fácilmente hacer la lista de los hom-

bres grandes que han mirado la religion como la obra de Dios: lista si no capaz de conmovier aun antes del exámen á los mejores espíritus, á lo menos suficiente para imponer silencio á un monton de conjurados enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal defendió, Newton creyó, y que Descartes respetó."

Siendo evidente que la religion cristiana reprueba el fanatismo y la supersticion, los impíos descaradamente insultan á los cristianos por su creencia con los epítetos de *fanáticos* y *supersticiosos*; pero un enciclopedista hizo esta confesion ingenua: "El fanatismo es el vicio de los particulares, y no del cristianismo, que por su naturaleza dista igualmente de los furors del fanatismo, y de los temores imbéciles de la supersticion." Voltaire dice: "Es preciso amar la religion á pesar de las supersticiones y del fanatismo que la deshonoran; como lo es amar la sociedad cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malos."

Los incrédulos pretenden estermiar el cristianismo, porque dicen: que es perjudicial y ruinoso á los estados; pero su

gran maestro Rousseau dice: "Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer." Dijo Voltaire: "En el seno del cristianismo se hallan las almas mas puras y mas grandes." En otro lugar: "La religion es el solo, ó el mas seguro garante que se puede tener de la providad de los hombres." Y en otra parte dice: "El buen pueblo cree en Dios, y adora á Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de la cual es autor." Con estas palabras se condenó á sí mismo este hombre ciego que tanto blasfemó de la religion y de su autor divino.

Me ocurre hacer un paralelo entre el cristiano y el incrédulo, con las mismas expresiones de los doctores de la impiedad. Rousseau dice: "¡Qué argumento contra el incrédulo la vida de un cristiano! ¡Habrà quien se le resista? ¡Qué cuadro para su corazon, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren á instruirle edificándole! Cuando sin predicarle á Dios con sus discursos, se le enseña en las acciones que

inspira, en la virtud de que es autor, y en el encanto que hay en agradarle: cuando ve brillar en su casa la imágen del cielo: cuando una vez cada día se verá obligado á decirse: *No, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobre-humana.*" Y D' Alembert, hablando de los incrédulos, dice: "Son mas dignos de compacion que de ira. Estos impíos, únicamente por aire, moda ó ligereza, están bien caracterizados por Boyleau, que los llama *né- cios enemigos de Dios*. Incapaces aun de una mala lógica, tratan de ser peores de lo que pueden, queriendo mas parecer incrédulos que serlo: el error en ellos es menos una desgracia, que una tontería ó necedad."

Finalmente, lo que á mi parecer manifiesta mas la ceguedad y la obstinacion de los principales corifeos de la incredulidad, es el juicio que hacen de sí mismos. Dice Voltaire: "Jóvenes ó viejos no tenemos mas que un momento: ¡hay! ¿en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme farrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á la luz jamás."

Juan Jacobo Rousseau dijo de sí mis-

mo con tanta razon como verdad: "Decir, y probar igualmente el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno; pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos yo no soy mas que un malvado."

En conclusion, Victor, yo espero que tu amor y tu consideracion no pararán aquí; sino que continuarán hasta la consumacion de la obra. Yo te prometo la mayor docilidad á tus instrucciones, á fin de que mi conversion á Jesucristo sea perfecta.

Vic. Este Redentor amable ha sido el autor de esta obra digna de su misericordia y de su omnipotencia. Yo le rendiré las gracias mas cordiales porque me eligió por instrumento de la reduccion de un amigo, en cuyos estravios yo tuve tanto influjo. Influjo que ha arrancado de mis ojos lágrimas amargas y abundantes.

Jamás, Felix amadísimo, cesaré de bendecir al Dios cuya mano omnipotente y misericordiosa nos sacó del abismo de aque-

llas tinieblas horrosas en que yaciamos sepultados. Ahora que la claridad de su gracia ha disipado las sombras que nos ofuscaban, debémos detestar el hechizo que tanto amabamos, y debémos avergonzarnos de lo que en otro tiempo haciamos vanidad. Ahora que se ha abierto la nube espesa que nos tenia sumergidos en la noche de los vicios y de la incredulidad, aprovechémonos de la luz hermosa con que nos ilumina tan benignamente el sol de la clemencia divina. No digáms á nuestro Redentor, que nos busca con misericordia, que aguarde hasta mañana. Postrados en el polvo de que fuimos formados, digámosle en el día de hoy con un corazon agradecido y penetrado de dolor: Dios inmortal, Dios eterno é inmutable, cuyo ser inmenso llena los espacios de los cielos y de la tierra, y cuyo brazo todopoderoso nos sacó del caos de la nada, ante tu trono soberano doblan la rodilla estas dos criaturas tuyas rendidas y humilladas. Pero qué, Señor, ¿reconocerémos en nosotros la hechura de tus manos? ¿Acaso tú has formado este corazon perverso, que se ha constituido el asilo del vicio y de la iniquidad? No, Señor: otro fué el que tú

criaste. ¡Ah! que la mano atrevida y sacrilega del crimen ha borrado de nuestra alma la imágen divina que tu bondad esculpíó en ella.

El fuego voraz de los deleites sensuales consumió en nuestro corazon la semilla de todas las virtudes, hasta secar su raiz que es la fe, que tú hiciste nacer en el sacramento de la regeneracion.

No contentos con esto, marchábamos contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometiamos temerarios con las armas de los delitos. Nosotros haciamos de nuestras tinieblas y de nuestra obstinacion un valuarte para resistir las saetas de tu misericordia. Tú veías esto, Señor: y en lugar de descargar tu brazo omnipotente para destruirnos, lo has ejercitado en ablandar la dureza de nuestro corazon.

Despechado yo por el furor que me inspiraba la incredulidad, intenté privarme de la vida temporal, y al ir á entrar por las puertas de la muerte eterna, se me abrieron las de tu misericordia para recibirme: cuando ya iba á caer en la profundidad del abismo, estendiste tu mano paternal que me levantó hasta el seno de tu bondad. Tú,

Señor, fijaste tus ojos compasivos sobre el miserable Felix, que corría velozmente por las sendas dilatadas de la perdición: lo tuviste en los estravios de su carrera criminal: y te serviste de mí para reducirlo al camino recto de la verdad, haciendo ostentacion del poder de tu clemencia en su conversion y en la debilidad del instrumento. Esto conocemos, esto confesámos; ¿y aun permaneceremos insensibles? Si nuestros crímenes han endurecido nuestro corazon y han cerrado los conductos de las lágrimas, resplandezca tu benignidad en estas hechuras de tu omnipotencia, y en estos cautivos que redimiste con el precio infinito de tu sangre. Convierte nuestro corazon en un torrente de lágrimas, que corran con abundancia por nuestros ojos delincuentes. Dale movimiento eficaz á nuestra lengua para que convide á todas las criaturas del universo á cantar eternamente el triunfo glorioso que tu misericordia ha conseguido sobre dos corazones perversos y ostinados.

Fel. Yo confieso con júbilo de mi corazon, que estoy mas obligado á dar gracias muy afectuosas á Jesucristo, Pastor amante de las almas, por haber reducido á

esta oveja descarriada al rebaño de su iglesia. Padres de familia y jóvenes incautos, á vosotros dirige la palabra con la ternura y efusiones de un corazon amante y deseoso de vuestros verdaderos intereses, un hombre que ha aprendido lecciones muy interesantes en la escuela de la esperiencia. Yo nací en el seno del cristianismo, de unos padres que me pusieron bajo la direccion de maestros sábios y piadosos, para que me instruyesen en las obligaciones que me impone la religion. Siendo ya jóven advertí, que mis padres, por una fatalidad de nuestros tiempos desgraciados, empezaron á conformarse con la moda reinante de leer indistintamente toda clase de libros, aun los que impugnan sacrílegamente la religion de Jesucristo. Por lo mismo comenzaron á desterrarse de mi casa los actos de piedad, y el orden regular de cosas. De aquí es, que yo empecé á traspasar los límites de la modestia y de la compostura de acciones, en que me habian educado, y me dediqué con el mal ejemplo á una multitud de necedades que son del estilo del mundo; y á proporcion del desorden de la familia yo me iba desarreglan-

do. Muchos que advertian con dolor la variacion de la conducta de mis padres, y la profusion y prodigalidad de sus bienes, temian que algun dia volviera yo de sus exequias reducido á vagar por las puertas de la mendicidad y aun del delito, por alimentarme. En fin, yo quedé heredero mas de sus vicios, que de sus riquezas, las que consumí en breves dias en el desahogo de las pasiones mas criminales y vergonzosas.

El apetito insaciable de deleites sensuales, el afecto á las novedades, la curiosidad imprudente, el empeño de entrar en la moda del dia, el deseo de representar en las tertulias el papel de erudito, la inclinacion á hacerme singular en mis opiniones, el amor á los elogios, y la comunicacion con hombres libres en su modo de pensar y de hablar, me compelió á solicitar con ansia los libros de la falsa filosofia que habia visto leer á mis padres, y habia oido celebrar con encarecimiento á personas apasionadas, de costumbres corrompidas é irreligiosas. Los leí con placer y con satisfaccion, porque como están adornados con las flores de una elocuencia alhagüena, y forjados con un artificio seductor,

me parecian unos soles refulgentes que por todas partes destellaban resplandores de sabiduría: y como tambien su inmoralidad y espíritu licencioso tanto lisonjeaban mis pasiones, muy breve me declaré por el partido de la incredulidad.

Estas causas que he referido son las que influyen en la apostasia de la religion, y que vuelven impíos y blasfemos á multitud de infelices.

Los incrédulos aseguran, que no creen los misterios y dogmas del cristianismo, porque son incomprensibles y repugnantes á la razon. Este es un pretexto falso. Lo que á ellos les incomoda es la santidad de la religion; de manera que ellos se obligarian gustosamente á creer mil artículos mas de los que enseña la fe, con tal que se les dispensase de la observancia de los preceptos.

Porque de ser cristianos se ven en la obligacion de observar los preceptos del evangelio; ó de lo contrario vivir acosados de los remordimientos de una conciencia culpada, y de los temores de las penas eternas, que tanto turban el reposo que los pecadores pretenden hallar en los vicios. De

aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad de la alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con la demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas, persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentables de la religion; porque si en otro tiempo, en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer, en los dias desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tienen depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasía del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina; la que ciertamente perderéis si vuestras costumbres fueren desarregladas, si tratáis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros sereis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno, que el Dios remunerador tiene preparado para los que creen en él, y le aman de corazon.

CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creído la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razon natural les